

# cuaderno sobre la transferencia nº110

Generalmente como una medida de protección del Rey en el juego de ajedrez, se permite que éste cambie de posición moviéndose largo o corto, es decir desplazándose más allá de un escaque, mientras que la torre ocupa un lugar al centro del tablero. Se trata de una transferencia aseguradora que se conoce como “enroque” y que resguarda al uno y le da juego a la otra. Vamos pues a enrocar como una maniobra que nos asegure fundamentalmente una relación entre la antropología de los medios técnicos y la mediología del transmitir de Régis Debray, entre la transferencia tal y como la piensa Sibony y su filosofía como la ha escrito Dagognet. Enroquemos pues...

La tesis de Sibony que leyeron para hoy, dice que “de hecho todo aparato está conectado a lo que él controla y sobre el más allá de lo que controla; todo sistema es una frontera entre su campo de acción y su campo de disturbio. En esa frontera, hay transferencia, se diría incluso que existe un *aparato* de transferencia. Aparato (*appareil*) es la palabra para designar lo que se aparea (*s'apparie*) con algo, para prevenirse en contra de (*parer à*) tales efectos o para preparar, separar, reparar, etc. El aparato de transferencia es un dispositivo que envuelve una técnica operatoria, la hace posible, la pone en su sitio y la desplaza; es un complejo de *técnica-transferencia*; tiene su técnica interna pero se aparea con cualquier otra. Es un dispositivo sorprendente, que opera desde que se trata de *trans-faire* <transfer, transferir>, de superar un cierto hacer < un certain *faire*>; tiene de mecanismo pero desborda todo mecanismo; requiere la técnica pero para no reducirse a ella; implica comunicar<sup>\*\*</sup> pero siempre guarda “en la cabeza” lo imposible de comunicar; dispositivo simple y de una enorme complejidad, evidente pero que exige largas investigaciones, costosas y sin embargo casi al alcance de todos, a cielo abierto; cualquiera dispone de él pues todos estamos expuestos a él; este aparato, espontáneo y sofisticado, abstracto pero que opera entre cuerpo y alma, y entre *decir* y *hacer*... lo vamos a llamar *Transferencia* aunque nuestro sentido sea más amplio que el de Freud. La transferencia es el verdadero descubrimiento de Freud, pues del inconsciente se ha hablado siempre; todo pensamiento digno de tal nombre ha apuntado a él, toda gran tradición lo ha tratado como espacio de lo sagrado. Pero la transferencia, eso si no lo había pensado nadie antes, y le fue llevada a Freud por sus pacientes en bandeja de plata, y porque se implicó con ellos la pudo descubrir. Fue puesto ante este hecho masivo: los pacientes al contarle sus historias lo metían *automáticamente* en un cierto lugar *en* esa historia, plaza variable pero precisa, designada en pasado, revivida en presente, aprehendida en futuro; por tanto un lugar concerniendo la *memoria*, la del recuerdo y la del

---

<sup>\*\*</sup> <sí es lo que imaginan... voy a decir que el subtítulo del *Hermes I* de M. Serres es *la Comunicación* y que pienso sobre todo en ese capítulo tan bello de “el Diálogo platónico y la génesis intersubjetiva de la abstracción”, tr. Paláu, Revista *Con-textos* #11, Medellín, Universidad de Medellín, Abril de 1993.>

llamado. Los pacientes le “transferían” a él cosas en las que él no “tenía ninguna” razón para haber tomado parte en ellas; pero el montaje superaba las razones así tuviera su racionalidad. Los pacientes lo suponían habiendo tomado parte en algunas cosas de sus vidas, y por tanto que continuaba tomando parte. La sorpresa de este descubrimiento le impidió a Freud ver de entrada que él también les transfería a ellos, que él los ponía en un cierto lugar, les suponía ciertos pensamientos; que su trabajo era hacer esas suposiciones y apreciar la distancia entre ellas y una cierta “realidad”, ella misma percibida *via* otras transferencias deformadoras. Fue pues con reticencia que él remarcó la contra-transferencia, pero lo hizo; y sus émulos sí que subrayaron su importancia, ruidosamente, como si fuera un descubrimiento arrollador sin darse cuenta que ella ya estaba incluida en la idea de transferencia; pues ésta es “recíproca” incluso si lo que uno le supone al otro no es la imagen simétrica de lo que el otro supone de uno; la reciprocidad existe, aunque su mensaje no siempre sea evidente. Es ya el caso en el amor; si Ud. ama a una persona, la recíproca es verdadera, pero no significa que ella le ame (sería demasiado simple, demasiado fácil); lo que sí significa en todo caso es que ella es amada por Ud., y puede que eso la atosigue, la perturbe, la afecte al menos tanto como si de veras lo amara. Esto la implica en la cuestión del amor.

Digamos la cosa así: desde que dos seres se ponen a hablar, que uno de ellos sea analista o no, que hablen de la meteorología o de sus intimidades, en un tono lúdico o grave, que traten de seducirse o que siempre se vigilen... existe siempre un *tercer dispositivo*, la *Transferencia* que funciona entre ellos, automáticamente, por el solo hecho de que sus palabras pone en presencia restos de su memoria; y esto desata impulsos de su pasado hacia su presente o su porvenir, chorros fantasmáticos que los desborda, que buscan dónde caer, en que tiempos conjugarse para mantenerse, satisfacerse. Ello transfiere pues entre ellos, de forma simple o compleja, combinando sutilmente los modos conscientes o inconscientes...”

Y Michel Serres en su conversación sobre Verne, con J.-P. Dekiss dice: “Es la propia noción de sistema la que está en cuestión. Lo que en la actualidad llamamos globalización, mundialización, estaba ya en camino desde el siglo XIX, y los *Viajes extraordinarios* proveen una buena metáfora para describir ese movimiento. Julio Verne lo describía por medio de un soporte científico que le daba herramientas para comprender. Ahora bien, hoy tenemos otros instrumentos, más completos, más refinados ante otro tipo de globalización y de mundialización. Había en la empresa de Julio Verne algo bastante próximo de lo que nos concierne actualmente. Mientras que a fines del siglo XIX —al menos en la ciencia y en la filosofía— se va por el contrario completamente en otro sentido, hacia lo local. Hoy, en lugar de construir un mundo donde lo local se impone a lo global —lo que no es una buena globalización— el interés es construir un mosaico. No es la misma cosa aquí que allá luego, no es la misma cosa acá que allí más lejos. El mundo forma un mosaico. Exige un esfuerzo, en cada pasaje de frontera. Es por esto que precisamos construir una filosofía en hipertexto. Y la cuestión de lo universal, se plantea de manera más compleja que en la época de Julio Verne en la que lo universal se limitaba al imperialismo.

Mientras que en la actualidad es necesario plantearse la pregunta: ¿cuáles son los obstáculos que no permiten pasar? ¿Cuáles son las obstrucciones a los pasajes?”

En uno de los libros que Marcel Hénaff ha dedicado a la obra de Lévi-Strauss, y que lleva el bellísimo título: *Claude Lévi-Strauss, el pasador de sentido...* dice en resumen el autor que “Lévi-Strauss nos abre los ojos y los oídos. Sabe como persona evidenciar dispositivos inteligentes tales como los sistemas de parentesco, o conjuntos simbólicos como las formas plásticas, los ritos, las decoraciones, los lugares habitados. Todos ellos dispositivos que — en variadas modalidades— “producen sentido”. Los mitos son propiamente ante todo sistemas de pensamiento que permiten organizar los seres y ordenar el mundo; los elementos de los relatos se responden allí en transformaciones reguladas como una frase musical se traduce en variaciones. El mitólogo no es entonces mas que el intermediario de esta operación más amplia de relacionamiento; no es el que dice el sentido, es el que lo hace circular, lo transfiere, es el pasador... de sentido”.

Y ahora sí la sorpresa, para Iván, Hilderman, William..., para todos... “una serendipia que es un descubrimiento o un hallazgo afortunado, valioso e inesperado que se produce de manera accidental, casual, o cuando se está buscando una cosa distinta”... a la que yo mismo no le había parado muchas bolas hasta ahora que me dediqué a traducir para Uds.

François Dagognet

## *FILOSOFÍA DE LA TRANSFERENCIA*

París: Michalon, 2006

Traducido por Luis Alfonso Paláu C., Medellín, mayo de 2016 - Envigado, co, octubre de 2021

## Sumario

p. 3	Introducción	
p. 9	capítulo I	el Comercio, alma de la Producción
p. 17	capítulo II	la Moneda o el Meta-objeto
p. 29	capítulo III	la Medicina exteriorizadora
p. 43	capítulo IV	las Cosas y las Palabras
p. 55	capítulo V	la Exégesis jurídica
p. 60	capítulo VI	Necesidad de la transferencia
p. 79	conclusión	

Puesto que este libro celebra la transferencia, o al menos el proceso de externalización, él debía rechazar el encierro; tenía que multiplicar los viajes extra-territoriales y no ha dejado de hacerlo (el comercio que impulsa la producción, la moneda, la medicina, las nomenclaturas, el derecho, la ciencia experimental).

Teníamos que mostrar que lo que cambia de lugar o de registro renuncia al significativo con el fin de revelar mejor el significado; o también que se trabaja para renunciar al continente, lo que permite evaluar mejor o enriquecer el contenido. Se trata de un proceder general de la innovación, puesto que se descubre lo esencial a través de las variaciones materiales.

Este libro trata también de tranquilizar a los que ven en la exterioridad la muerte del psiquismo, la lenta agonía de la interioridad, mientras que ésta sólo se manifiesta en aquella. En efecto, es en el afuera donde esta interioridad nos prueba su energía, a tal punto que no ha sido posible ni aislarla, ni reprimirla, ni de encerrarla sobre sí misma.

## Introducción

En el pasado hemos anexado de alguna manera dos palabras, o más bien dos nociones completamente programáticas, la de materiología y la de objetología. Pedimos que se nos deje añadir una tercera que se emparenta con las dos precedentes, pues todas están dedicadas a una cultura de la exterioridad y de la externalización; por consiguiente, nos proponemos defender la operación de transferencia (el proceder transversal). Se tratará de sacar la cosa más allá de ella misma; por lo demás el “*trans*” de esta última palabra (transferencia) significa claramente que hemos franqueado la frontera que aprisionaba la cosa (*trans*, más allá).

Preconizamos la translación (el externalismo) aunque generalmente anatematizado especialmente en filosofía, que cultiva la religión de la interioridad. Los capítulos que siguen van a experimentar una tal orientación; desfilarán consideraciones sobre el comercio o el intercambio, la medicina, el vocabulario (las palabras y las cosas), el derecho, etc.

No hemos expulsado la heterogeneidad que va a la par con la exterioridad, y mucho menos en cuanto que la exterioridad que uno quiere alejar consiste en revelar la interioridad y sus proezas. El afuera resulta ser el verdadero medio para conocer el adentro. Y todo va a girar en torno a esta paradoja. Y en cuanto a la diversidad y al descosido de nuestros capítulos, pensamos que terminarán por converger y conducirnos hacia una unidad real.

El ser, cualquiera él sea, tiende a clausurarse sobre sí mismo, a auto-encerrarse; se esconde y se protege, pero el simple desplazamiento comienza a retirarle lo que lo aislaba y lo caracterizaba. Y buscamos precisamente todo lo que lo sacará de esa noche; lejos de disminuirlo o de herirlo, veremos qué beneficios sacaremos de esta transposición. Tropezaremos pronto con una pregunta obligada: ¿cómo es posible que aquello que vamos a tener que reducir en volumen –con miras al transporte– pueda salir aumentado de semejante compresión?

A través de nuestra apología de la externalización, del desplazamiento y de la concentración que la acompaña, combatimos la filosofía clásica que encierra al ser en lo inaccesible y lo insondable, una metafísica del confinamiento y de la santuarización. Sin esperar mucho, ya el teórico podría sostener que un tal problema –este de la “deslocalización o del cambio de lugar”– sorprende por su nimiedad, e incluso su insignificancia; hace parte de lo secundario, pues que esto se encuentre aquí o allá, o un poco más lejos, no reviste ninguna importancia, puesto que es siempre el mismo, invariable.

Notemos que un sutil intérprete del pensamiento de Sartre, Jean-Claude Milner no ha hesitado en escribir: “Se debería evaluar todo escrito de Sartre con respecto a este criterio; ¿qué desplazamiento ha hecho? Sólo el desplazamiento importa; no se trata de reducir el error a la verdad sino de desplazar una opinión y convertirla en otra que será a su vez abandonada, desde que se vuelva inerte. La prohibición del incesto, tal es el mandamiento... Sólo importa el desplazamiento”. Incluso si nosotros no vamos por el mismo camino, vamos a recurrir a términos y a procedimientos nocionales comparables, y que no minimizamos desde el comienzo.

En efecto creemos que la elección concedida a una cierta inmovilidad, o más bien que la pasión por un lugar así patetizado (el río, el bosque, el sendero) entraña la adhesión a un suelo que prontamente él mismo va a rebasar la simple espacialidad y a volverse portador de todo un cortejo de valores sociopolíticos. La inmersión de lo uno en lo otro – el individuo en su entorno– será seguida de la desclasificación de los que no se han podido beneficiar de esas sordas influencias, que nos ligan a una tierra, a la tradición, en suma: a todo lo que nos aleja de un universal y del “sin raíz”; por todo esto y como consecuencia tendremos el vagabundeo, el nomadismo, lo que es válido por todas partes, para todo y para todos. En esta perspectiva el sujeto no podría depender suficientemente de su hábitat, del paisaje que lo bordea, de la historia que en él se ha impreso, para no hablar de las ocupaciones que tal territorio invoca. Y precisamente la transferencia que vamos a analizar y a privilegiar nos privaría de lo que nos ha formado a nuestro pesar.

Ya el epistemólogo sabe suficientemente que el enemigo de la verdad se llama la adhesión, como si la idea, prisionera de su enraizamiento o de la situación, no se lograra desprender de las particularidades en las que se diluye y se pierde. Es por esto que la científicidad celebrará las rupturas y nos preservará de un historicismo que conecta demasiado el presente con el pasado, absorbiendo incluso a aquel en este. Ponemos de relieve las ventajas de una traducción que nos libere de un registro en provecho de otro, equivalente, pero lo transponible nos ayudará a conservar solamente lo esencial. No es por esto que preconizamos la fiebre de la deslocalización, o un incesante extrañamiento del lugar, sino que la transferencia significa que podremos desprendernos de influencias tanto psicológicas como físicas. Nos cuidamos muchísimo de estar alabando el inmovilismo.

Aristóteles debía, al menos indirectamente, por no decir incluso a través de una interpretación errónea, sostener la tesis que combatimos; en efecto él distingue cuatro tipos de movimiento; además del cambio de lugar (*phora*), la generación, el aumento y la alteración. Las tres últimas, que se lo quiera o no, caracterizan a los vivientes (el nacimiento, el crecimiento, la enfermedad), o incluso sólo le conciernen a la sustancia, mientras que la simple traslación sólo define un caso menor y ambivalente, puesto que implica, a pesar del cambio posicional, un no-cambio, a la espera de que lo que ha sido desplazado no haya sido modificado.

Seguro que estamos falseando la doctrina aristotélica, pero ella se presta a tal deformación pues esta filosofía debía conceder a los vivos el movimiento, incluso la transferencia, porque sólo ellos pueden moverse por sí mismos (la motricidad) y así cambiar de lugar. Mientras que las plantas sólo pueden crecer y producir olores, los animales “perfectos” no dejan de desplazarse: “En general, lo que se está generando parece incompleto y en camino hacia un principio, de tal manera que lo que es posterior en la generación parece ser anterior por naturaleza. Ahora el movimiento local es el último de los movimientos de las cosas que están en generación; por eso algunos seres vivientes, como las plantas y muchas especies animales, son enteramente inmóviles por carecer del órgano requerido, mientras que otros adquieren movimiento cuando son perfeccionados.”<sup>1</sup>.

Pero Aristóteles debía aislar otro tipo de movimiento al que no iba a apreciar por

---

<sup>1</sup> Aristóteles. *Física*, VIII, 7, 261 a 13, Gredos Agostini, pp. 301-302.

estar afectado de incompletitud: “el desplazamiento no es el mismo si recorre el estadio entero o una parte del estadio, ni el mismo en la una parte que en la otra... Parece, pues, resultar de nuestras consideraciones que ningún movimiento es perfecto en ningún momento de su duración, y que los numerosos movimientos parciales son incompletos”<sup>2</sup>. Es claro que nosotros no conservamos esta distinción, la de la movilidad distinta de la locomoción o de la psicomotricidad. Como nos apoyaremos en la noción en su generalidad, incluyendo no solamente lo que se mueve por sí mismo sino también lo que, sometido a un impulso venido de fuera, cambia de lugar, nos alejamos del análisis aristotélico, demasiado marcado por un evidente hiperorganicismo.

La foronomía saldrá de este estatuto que la interiorizaba, cuando el movimiento sea conectado con fuerzas capaces de modificar aquello sobre lo cual ellas se ejercen, o incluso de corresponder a lo que las expresa —como la aceleración de un cuerpo que cae en razón de la gravedad, un movimiento por lo demás proporcional al cuadrado del tiempo, y de ahí esa fórmula, el espacio  $e = \frac{1}{2} gt^2$  —, o incluso la potencia de un imán que atrae un pedazo de hierro.

Sin más espera, reconozcamos la importancia de un movimiento-desplazamiento que se encuentra en el origen de todos los fenómenos físicos (electricidad, óptica, acústica, etc.). Y no tardaremos en asistir a una revolución sin igual, la de un movimiento que se transforma en calor, lo que nos valdrá pronto lo inverso, el equivalente mecánico del calor (la conversión de las energías, la transferencia de las unas a las otras). De ello resultará una posible teoría de la máquina (la máquina de vapor) que escapa finalmente al modelo artesanal que se continuaba inspirando en el trabajo del hombre y que no superaba sus débiles posibilidades transformadoras.

No vamos a buscar en el aristotelismo con qué fortificar nuestras observaciones, sino que le pediremos a las ciencias de la vida su ayuda, pero sin llegar a ceder ante un hiperorganicismo teórico; por lo demás la vida no forma una provincia aparte; ella explota solamente procedimientos que explican los funcionamientos y sus proezas.

Esta biología nos enseña primero que la sexualidad se sitúa en el corazón del viviente, y que ella se lo absorbe, puesto que el ser sólo busca transmitirse en su descendencia. No se contenta con propagarse, trabaja paralelamente para renovarse. Entonces utiliza el recurso de la simbiosis de dos mitades (entre las cuales la suya) sin parecidos ( $n + n$  operacionales) con el fin de obtener un  $2n$  cromosomas nuevos. Por esta fusión intercambista —lo masculino que se trasplanta en lo femenino— estamos seguros a la vez del mantenimiento y del cambio. Y este ser sin parecidos, a su vez participará en la generación siguiente. Una brizna de inmortalidad le es dada a esta fisiología de la transmisión. La sexualidad se emparenta con la transferencia; cada uno de los dos linajes intercambia con el otro lo que lo caracteriza y lo que él ha debido hipercontraer, con miras a esta unión (la completitud).

La muerte, inserta también en lo más profundo de la vida, persigue el mismo objetivo; caza al viviente con el fin precisamente de permitir la venida de seres diferentes. Trabaja en el reemplazo. Y comprendemos por qué Freud ha podido asociar las dos potencias instintivas (la sexualidad y la muerte), aunque aparentemente opuestas la una a

---

<sup>2</sup> Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Libro X, cap. IV, §3. Librodot.com <corregido> p. 146.

la otra.

El resto del cuerpo –en un sentido un modelo– aunque devorado por la sexualidad (pues el viviente sólo existe para tratar de perpetuarse) no escapa al poder generalizado de los transmisores. Es por esto que la experiencia de O. Loewi nos ha parecido tan decisiva; ayuda a comprender cómo y por qué el cerebro o un nervio actúa sobre los órganos; por ejemplo, el nervio vagal ralentiza al corazón, por un mediador químico (una sustancia llamada vagal, particularmente fugaz, la acetilcolina). Y todas nuestras actividades corporales remiten a esta concepción neuro-humoral. Se nos objetará también que este proceder (la transferencia) ha sido tomada en un sentido demasiado amplio y por lo mismo demasiado laxo; ella animará a continuación el comercio y las transacciones, la vida política, la ciencia experimental, la familia y la transmisión de su patrimonio; en suma, nuestra tesis sería que no hay nada que no dependa de ella. Pero nos regocijamos con esta extensión; ante todo importa impedir un A encerrado en A, una inercia tautologizadora. Por todas partes debemos anotar la presencia y los beneficios del movimiento-desplazamiento. La repetición, el recommienzo, pertenecen a lo estéril y a lo maléfico. Deseamos que lo mismo pueda volverse otro, al tiempo que sigue siendo lo mismo.

Y por lo demás ¿qué es lo que caracteriza la enfermedad mental sino la incesante vuelta sobre lo mismo, porque el sujeto, prisionero de una situación e incapaz de liberarse, se debate con ella? La neurosis consiste en esta fijación. Sin embargo, como lo mostraremos, puesto que el paciente no puede deshacerse de su pasado, por ello no puede impedirse expresar algunos efectos (indirectos, simbólicos, a menudo imperceptibles). También él está encerrado en una ambivalencia; nos informa de un trastorno que se empecina en ocultar; es verdad que está revelando lo que disimula, a tal punto se singulariza.

Estamos a la espera de otra objeción. Se puede sostener que hemos ampliado en exceso lo que utilizamos, especialmente la esfera de la sexualidad; ¿acaso la partenogénesis no se nos atraviesa en el camino de nuestros análisis, puesto que los protozoarios escapan a la ley de la vida –la hembra engendra directamente una multitud de sosias (lo mismo que se reproduce y que pulula)– sin haber sido fecundada o haberse beneficiado de una posible recombinación? Sin duda estos unicelulares se reúnen por adelantado contra la falta de eventuales participantes o contra la insuficiencia del nacimiento único. Prefieren el desbordamiento, incluso si se privan de la renovación. También los vegetales ceden a menudo a la endogamia, cuando la heterogamia no ha podido ejercerse. Bien que mal uno explica la excepción al juego de una sexualidad de la que se limita su alcance.

Pero los biólogos tuvieron que revisar sus conclusiones: primero tuvieron que darse cuenta que en algunos vegetales, existen dos fases muy desiguales, una ágama (sin matrimonio) así como cantidad de tipos de reproducción (injerto, desqueje, acodadura); y otro período sexuado imperceptible, rápido, a veces lentificado, tanto y tan bien que nuestra ley principal continuaría aplicándose.

Otro descubrimiento va en el mismo sentido: la reina-madre de la colmena, o de la colonia, ha sido fecundada de una vez por todas, bien al comienzo; luego sólo observaremos reproducción asexual. En suma, aquí se mezclan hábilmente las dos vías, pero nuestra ley de tipo transferencial no es ni abolida ni siquiera disminuida.

Permanezcamos en los seres más evolucionados, los que se encuentran en la cima

de la jerarquía; convengo en que ellos nos permitirán una observación menos tópica que la precedente, pero sin embargo arroja información; los teóricos que recurren a la corporeidad no tienen suficientemente en cuenta lo que sigue, y que sirve para consolidar una concepción general e indirecta de la transferencia. Vamos a considerar aquí un doble logro: no dudamos que al comienzo los primeros protozoarios se hayan encerrado en sí mismos, y por eso la conchita protectora (a la manera de la ostra), o al menos una capa externa ósea, infranqueable. Los más evolucionados van a poner afuera lo más frágil, su periferia, mientras que la columna vertebral se situará dentro de ellos mismos. Se ha operado un verdadero volteo, con miras por lo demás a una mejor defensa. De acá en adelante, esos vivos se abren a los menores mensajes; entran en el juego de las fáciles transferencias. Además, y esta es la segunda victoria, sobre esta piel sensible, se han practicado algunas pequeñas aberturas; por esto lugares más afinados (los órganos de los sentidos) susceptibles de ser informados y desde lejos y al mínimo, a tal punto que no podrán tolerar ya la proximidad o el contacto, y mucho menos las impresiones violentas (ni el ruido, ni la luz). Sólo pueden recibir lo Infra-reflexógeno pero, por ello, van a ser informados por adelantado de lo que va a producirse; en función de lo que les es señalado, anticiparán o huirán.

Pero, para estar seguro del grado de calor de un objeto cualquiera ¿no le ponemos la mano o lo acercamos a la mejilla? La distancia no es abolida y el tacto es llevado al contacto. En realidad, el viviente utiliza otro medio: cuenta con la duración de un acercamiento lo más breve posible; la mano no toca verdaderamente, roza, justo el instante de una evaluación, no el poner la mano. En estas condiciones, el viviente entendido en sentido amplio, puede recibir los estímulos más débiles y ser alertado; el medio exterior, eventualmente peligroso, es recibido; se imprime por sí mismo en una superficie sensible, dedicada a la recepción. En el curso de una evolución que conserva los logros y la mejor defensa, la vida ha perfeccionado por así decirlo el dispositivo de transferencia del alejamiento y del simple amague.

\*\*\*

Hemos comenzado ya el examen de una noción importantísima: el desplazamiento-transferencia; es verdad que hemos retenido una definición bastante elástica. Hemos querido validarla y valorizarla, pues fortificaba y ampliaba nuestras anteriores reflexiones – especialmente la de materialidad que no merece ni la descalificación ni el oprobio– o también la de objetología (las herramientas, los instrumentos, los aparatos que prueban las capacidades de contracción y de disposición a partir de los materiales que se les prestan).

La transferencia se impone: gracias a ella, “el ser-ahí” sale de su aislamiento; se suma a otro como él; se minimiza para poder habitarlo; rompe la clausura que lo aprisionaba, de tal forma que le quita lo que de cosa tiene la cosa, para sólo conservar su estructura.

Nuestro opositor no aceptará este alegato; para él “piedra que rueda no coge moho”. Es olvidar nuevamente que el miserable guijarro, si no gana nada rodeándose de lo que habría atravesado, gana aún menos si se detiene y se hunde en un hueco del que nunca saldrá. A causa de su sedentariedad, perderá el rol que le ha sido reservado, el de testimoniar a través de su desgaste y de las huellas que lo marcan, los dramas de todo el universo. A los astronautas les fue suficiente con recoger algunos pedazos de roca para

traer con ellos a la luna entera, así como los dramas que le han sucedido.

Ya no aceptamos la inmovilidad; y la mejor ilustración nos la ha dado el gesto de Marcel Duchamp: fue suficiente con que el portabotellas, y el orinal, hubieran sido sacados de su lugar habitual de implantación, y confiarlos al Museo, para ser metamorfoseados en una obra de arte, la que anunciaba lo siguiente (los *ready-made*). El sólo cambio de lugar hizo la revolución (la de un mismo que se vuelve otro permaneciendo el mismo). Sin embargo una parte del enigma será resuelto desde que se piense que “cambiar de lugar” es cambiar de medio, un medio físico y humano cuya importancia todos conocemos.

\*\*\*

No descenderemos más al detalle, para no correr el riesgo de perder nuestro hilo conductor.

Sin embargo, haremos dos “precisiones” que podrían confirmar nuestras conclusiones. Según la primera, insistimos en el hecho de que los vegetales (los enraizados) están condenados a la inmovilidad y sólo pueden contar con el viento o con los insectos con miras al intercambio de la fecundación. Pero puede ocurrir que una planta reciba su propio polen, tanto más cuanto que la mayor parte de dichas plantas tiene flores que poseen en ella los dos sexos. Vamos entonces hacia la endogamia (el equivalente de la consanguinidad). Pero el vegetal descubre los peligros del auto-polen, no admitiendo sino el alopolen. No cede a la auto-fecundación más que cuando el “no-sí mismo” sea impedido. Gana ante todo con la mezcla génica. Pierde “consigo” solo.

Segunda adición: hemos aprendido el principio general de una doble fecundación. Si el primer gameto se fusiona con el óosfera, para dar un cigoto de  $2n$  cromosomas, un segundo gameto macho se une a un segundo gameto hembra, y esta especie de embrión dará finalmente albúmina que servirá de alimento al grano (al primer embrión que debe sustentarse por sí mismo).

Podríamos entrar en largos desarrollos con el fin de comprender mejor el drama de la sexualidad vegetal, un drama invisible ligado a la inmovilidad que las raíces imponen y que es necesario, de una u otra forma, corregir. Por consiguiente, por todas partes se impone la transferencia. Sólo el “no sí-mismo” es verdaderamente admitido<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> El enraizamiento ha sido alabado por los filósofos pero, para retomar la metáfora hortícola, es necesario admitir también que la planta gana si se la cambia de tierra. Ella agotó la primera; la nueva, que implica un desplazamiento-transferencia, la hace vigorosa. Convergemos con un psicólogo olvidado, T. Ribot que afirmaba: “el movimiento está en todo, por todas partes y quizás es la base de todo”, in *la Vie consciente et le mouvement*. París, p. 11.